

5. ¿IMPULSO VIOLENTO O ACCIÓN PREMEDITADA?: LA INSURRECCIÓN EN EL EJÉRCITO ROMANO REPUBLICANO

Violent Impulse or Premeditated Action? The Insurrection in the Republican Roman Army

RUBÉN ESCORIHUELA MARTÍNEZ
Universidad de Zaragoza
rubeneskori@unizar.es

RESUMEN

Tradicionalmente, la disciplina ha sido reconocida como uno de los principales valores del ejército romano, hasta el punto de ser considerada la razón última por la que Roma se acabó convirtiendo en un imperio de dimensiones universales. Sin embargo, y aunque este planteamiento no ha dejado de reproducirse hasta nuestros días, creando la equivocada imagen de un soldado sumiso, obediente y leal, sin ambiciones ni objetivos personales por los que luchar, lo cierto es que el soldado romano fue capaz de desarrollar una autonomía y libertad de pensamiento mucho mayores de lo esperado. Al respecto, con el objetivo de reinterpretar la figura del soldado romano, y valorar la capacidad de organización y coordinación del ejército romano republicano, se propone un estudio sobre la violencia interna en el ejército romano a partir del análisis de los principales episodios de insurrección protagonizados por este a lo largo de la República.

Palabras clave: *ejército romano republicano, insurrección, violencia, disciplina, organización.*

ABSTRACT

Traditionally, the discipline has been recognized as one of the main values of the Roman army, up to the point of being considered the ultimate reason that Rome ended up being an empire of universal dimensions. However, and although this approach has not ceased to be reproduced to this day, creating the wrong image of a submissive, obedient and loyal soldier, without ambitions or personal objectives to strive for, the truth is that the Roman soldier was able to develop much greater autonomy and freedom of thought than expected. In this regard, with the aim of reinterpreting the figure of the Roman soldier, and assessing the ability of organization and coordination of the Republican Roman army, a study on internal violence in the Roman army is proposed, based on the analysis of the main episodes of insurrection carried out by the Roman army throughout the Republic.

Keywords: *Republican Roman army, insurrection, violence, discipline, organization.*

I. VIOLENCIA Y ESPONTANEIDAD

Hartos de amenazas y falsas promesas, y movidos por el resentimiento y el odio, en 414 a. C., los soldados romanos, en un arrebato de indignación, primero hirieron al cuestor Publio Sextio para, más tarde, lapidar a su comandante Publio Postumio Albino Regilense (Liv. 4.50.2-5). La latente enemistad entre Postumio y sus hombres, sumada a la falta de complicidad con sus tropas y el uso de la violencia para reprimir el descontento de unos soldados que sólo aspiraban al reparto equitativo del reciente botín de guerra, dio como resultado el primer caso de asesinato de un general romano a manos de sus hombres.

«Pasó luego [Postumio], de atacar al enemigo a atacar a sus conciudadanos y, habiendo proclamado durante el asalto que el botín sería para los soldados, una vez tomada la plaza faltó a su palabra. Me inclino a creer que ése fue el motivo de la irritación del ejército [...]»¹.

Al margen de la veracidad del episodio², lo cierto es que, aunque no muy frecuentes en número, estos actos de violencia acompañaron al ejército romano durante toda la República, siendo recogidos por parte de los principales autores clásicos, quienes no dudaron en reproducirlos con todo lujo de detalles. De este modo, tenemos constancia del asesinato de Aulo Postumio Albino, en 89 a. C., tras ser apedreado hasta la muerte en el transcurso de una *contio* militar (V. Max. 9.8.3; Oros. 5.18.22)³; de la muerte, en 86 a. C., de Lucio Valerio Flaco a manos de sus hombres (App. *Mith.* 52; D.C. 31.104; Oros. 6.2.9)⁴; del asesinato de Lucio Cornelio Cinna, en 84 a. C., en el transcurso de otra *contio* (Liv. 83; App. *BC* 1.78)⁵;

¹ Aunque para Livio (4.49.9-10), el detonante de la acción de los soldados fue la avaricia de Postumio Albino para con sus tropas, lo cierto es que aquellos estaban molestos desde hacía tiempo con su general, debido, entre otras razones, a la severidad de su mando. Así nos lo hace saber el mismo autor cuando nos describe su personalidad violenta: «[...] como no controlaba en modo alguno su ira, al formarse una aglomeración a los gritos de los que había mandado matar bajo el enzarzado, él mismo bajó enfurecido del tribunal corriendo hacia los que se oponían al suplicio» (Liv. 4.50.4-5). Este ejemplo nos debe hacer reflexionar sobre las causas detrás de cada insurrección. Y es que, a pesar de la existencia de una determinada acción que, tras actuar de catalizador, provoca la reacción de las tropas, en todo acto de indisciplina debemos reconocer, asimismo, una serie de causas subyacentes que, prolongadas en el tiempo, primero debilitan la moral de los soldados, y después les predispone a la insubordinación.

² *Vid. infra* nota 3.

³ La existencia de este incidente ha llevado a algunos investigadores a sopesar la falsedad del episodio de 414 a. C., y considerarlo, por el contrario, una maniobra política de Livio —o de alguna de sus fuentes— con la que desprestigiar a la *gens* Postumia, y presentarla como una stirpe arrogante y cruel (Chrissanthos, 1999: 28, 30, 104).

⁴ Al respecto, debemos precisar que fue Cayo Flavio Fimbria, legado de Lucio Valerio Flaco, el promotor de su muerte, lo que nos permite aventurar, tal y como veremos más adelante, que los problemas de disciplina no se limitaron a la soldadesca romana, afectando también a sus cuadros militares (Lintott, 1971: 696-701). La importancia de este suceso es vital para comprender la volátil situación que rodeó al ejército romano desplegado en el Ponto, y cómo durante décadas, y hasta la llegada de Cneo Pompeyo Magno, en 66 a. C., lejos de solucionarse, se dilataron en el tiempo los incidentes protagonizados por estas mismas tropas (Wolff, 2013: 338-349).

⁵ Parte de los soldados culpables del asesinato de Cinna, tres años antes, en 87 a. C., habían abandonado el mando de Apio Claudio Pulcro para pasarse al bando cinano (App. *BC* 1.65-66; Liv. 79). De nuevo,

o de la traición y posterior asesinato de Quinto Sertorio, en 72 a. C., tras el complot de sus principales oficiales (Liv. 96)⁶.

No obstante, no toda insurrección violenta y/o espontánea debía terminar con la eliminación física del comandante al mando, pudiéndose identificar un nutrido número de episodios violentos en los que, esencialmente, el objetivo principal de los soldados fue, o bien satisfacer sus intereses económicos⁷ o bien modificar la estrategia militar de su general. Así, en 280 a. C., se describe el saqueo de *Rhegium* y la aniquilación o expulsión de la mayor parte de su población (Liv. 12)⁸; en 139 a. C., se relata el intento de agresión que sufrió el procónsul Quinto Servilio Cepión cuando un grupo de *equites* prendió fuego a su tienda de campaña (Liv. *Ox.* 54.195; D.C. 22.78.3); en 89 a. C., se recoge la humillación que experimentó Lucio Porcio Catón cuando sus soldados le arrojaron barro en su intervención durante una *contio* (D.C. 30.100); y, en 53 y 47 a. C., se narran las presiones y las amenazas que padecieron Marco Licino Craso (Plu. *Crass.* 30)⁹ y Cayo Julio César (Liv. 113; Plu. *Caes.* 51; D.C. 42.52.53)¹⁰, respectivamente, fruto del descontento de sus hombres.

La documentación de todos estos incidentes podría crear la imagen de un ejército indisciplinado, subversivo y levantisco, de un ejército, en suma, al margen del control del Estado romano. Sin embargo, paralelamente son las mismas fuentes clásicas las que con orgullo no dudan en presentar el amplio abanico de soluciones y castigos puestos a disposición de las

y al igual que ocurriera en Oriente, la aparente deslealtad de las tropas, así como los problemas de disciplina del ejército, ayudaron a desestabilizar la situación en Italia, y al posterior triunfo de Lucio Cornelio Sila (Bulst, 1964: 307-337; Katz, 1976: 497-549; Levick, 1982: 503-508; Hinard, 1985: 3-5).

⁶ Todo parece indicar que el asesinato de Q. Sertorio implicó un grado de organización y complejidad superior al de los ejemplos anteriores, lo que, en apariencia, nos podría llevar a descartar la espontaneidad de los soldados implicados, y a plantear la posibilidad de una coordinación mayor de lo esperado (Vell. 2.30; App. *BC* 1.113).

⁷ Junto a la arrogancia, la avaricia y la soberbia fueron las acusaciones más frecuentes que se vertieron sobre el soldado republicano (Liv. 28.24.15-16; 28.26.14; App. *BC* 5.12-13; 5.15). *Vid. infra* notas 8 y 16.

⁸ «Llegaron, pues, y durante cierto tiempo guardaron la ciudad y la confianza depositada en ellos; eran cuatro mil en número, mandados por Decio Campano. Con todo, [...] codiciosos de la estratégica situación de esta ciudad y de la prosperidad de los reginos, debida a sus propiedades, traicionaron el pacto que les unía a ellos, arrojaron del país a unos ciudadanos, degollaron a otros, y se adueñaron de la ciudad [...]» (Plb. 1.7.7-8).

⁹ Si la severidad de P. Postumio Albino fue una de las causas subyacentes de la insurrección que provocó su muerte, en el caso de Marco Licinio Craso podemos identificar una causa principal: el recelo de los soldados hacia una empresa que desde el principio había estado rodeada de malos augurios (Plu. *Crass.* 19.4-8; D.C. 40.18-19). La superstición de las tropas (Kavanagh, 2015: 527) y la reciente derrota de Carras fueron más que suficiente para desatar el descontento de unos soldados que desconfiaban de la fortuna de su general (Traina, 2011: *passim*).

¹⁰ De la lectura de Suetonio (*Jul.* 70) y Apiano (*BC* 2.92-94) se desprende la intención de los soldados de llevar su descontento a Roma, y comunicar su malestar con el del interior de la *Vrbs*, lo que nos descubre una nueva dimensión del problema, y el verdadero alcance de la insurrección (Chrissanthos, 2001: 63-75; Fulkerson, 2013: 177-180). Igualmente, la acción de los hombres de César nos sugiere la posibilidad de que el descontento de las tropas estuviera motivado por causas de naturaleza socioeconómica, de ahí el interés de conectar sus problemas con los de los ciudadanos romanos (Elmore, 1924: 430-432; Fantham, 1985: 119-131).

autoridades políticas y militares romanas con los que adoctrinar y disciplinar a los soldados rebeldes (V. Max. 2.7.1-15; *Dig.* 49.16.3.1)¹¹. De esta forma, en 471 a. C., se nos informa de cómo el cónsul Apio Claudio castigó a los cobardes que habían abandonado su puesto, las armas y las enseñas con la decapitación, y a todo el ejército con la *decimatio* (Liv. 2.59.9-10; D.H. 9.50.3, 7; Fron. *Str.* 4.1.34)¹²; de cómo los mismos soldados que lapidaron a P. Postumio Albino, en 414 a. C., fueron investigados y perseguidos posteriormente (Liv. 4.50.6, 8; 51.2-5); de la ejecución en masa de los soldados supervivientes que tomaron *Rhegium*, una vez las tropas leales a Roma recuperaron la ciudad, en 270 a. C. (Liv. 15; Fron. *Str.* 4.1.38)¹³; de las ejecuciones de los soldados de César amotinados, en *Placentia*, en 49 a. C. (App. *BC* 2.47; Suet. *Jul.* 69; D.C. 41.35.5); o de la decimación atenuada de Marco Antonio a sus tropas descontentas, en 44 a. C. (D.C. 45.13.2).

«Entonces [Marco] Antonio se levantó y dijo solamente: «Aprenderéis a obedecer». Y ordenó a los tribunos militares que trajeran a los soldados de espíritu sedicioso —pues es costumbre en el ejército romano tener anotado el carácter de cada hombre— y echó las suertes entre ellos de acuerdo con la ley de la milicia, pero no castigó con la muerte a la décima parte en total, sino a una fracción de ella, pensando que con un pequeño castigo los aterrorizaría; ellos, sin embargo, en vez de un temor mayor, sintieron hacia él, a causa de este hecho, más ira y odio» (App. *BC* 3.43).

Sin embargo, y por encima de todo, destacan los relatos individuales, aquellos castigos impuestos a un individuo en particular por desobedecer abiertamente las normas de su superior. A tal efecto, se ensalza la voluntad del cónsul Tito Manlio Imperioso Torcuato en ejecutar, en 340 a. C., a su propio hijo por haber luchado contra el enemigo, a pesar de su prohibición (Liv. 8.7.19-21; Fron. *Str.* 4.1.40)¹⁴; y los numerosos intentos dirigidos por el *dictator* Lucio Papirio Cursor, en 325 a. C., de condenar a muerte a su *magister*

¹¹ Los castigos militares, así como las torturas y penas corporales, han sido uno de los temas más prolíficos de la historiografía moderna (Bauman, 1996; Espejo, 1996; Makhlayuk, 1998; Brice, 2004; Perea, 2006; Chrissanthos, 2013; Pershina, 2017).

¹² La acción de Apio Claudio supuso el primer ejemplo de *decimatio* documentada. No obstante, y a pesar de la imagen que han dado las fuentes clásicas de su uso, su empleo fue poco habitual y, como veremos en los ejemplos de C. Julio César, en 49 a. C., y de Marco Antonio, en 44 a. C., fue más frecuente el empleo de otras formas de castigo en donde la decimación era suavizada (Goldberg, 2016: 141-164).

¹³ Si, en 471 a. C., los castigos se ejecutaron en el mismo campamento militar, y, en 414 a. C., los procesos se llevaron a cabo en Roma, en esta ocasión los castigos a los soldados rebeldes se practicaron tanto en *Rhegium* como en la capital, con el objetivo último de servir de advertencia en el futuro, y de reforzar la confianza del resto de aliados (Plb. 1.7.9-13).

¹⁴ «También tú, Torcuato [...] ordenaste al lictor que prendiera a tu hijo y le diera muerte cual si de una víctima de sacrificio se tratara, porque, retado a combate [...] sin que tú lo supieses, accedió a combatir. Y lo ordenaste matar aunque regresó victorioso [...]: consideraste que era preferible que un padre se quedara sin su hijo a que la patria se quedara sin disciplina militar» (V. Max. 2.7.6). Testimonios como este fueron los que hicieron de la disciplina militar la base del poder romano (V. Max. 2.8; J. *BJ* 3.71-75; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 1.1), y los que, asimismo, crearon la falsa imagen de la existencia de un ejército romano tan disciplinado como diligentes fueron sus mandos militares en reprimir cualesquiera de sus actos de desobediencia (Messer, 1920: 158-175; Gabba, 1975: *passim*; Hinard, 1990: 149-154).

equitum Quinto Fabio Máximo Ruliano por desobediencia, a pesar de haber derrotado al enemigo (Liv. 8.30.11-13; 31-35.9).

«El dictador Papirio, cuando Quinto Fabio Ruliano, comandante de caballería, había sacado a combatir a su ejército en contra de la orden dada, aunque había regresado victorioso al campamento tras aplastar a los samnitas, sin dejarse llevar por el valor que había demostrado ni por el éxito ni la nobleza de su familia, ordenó que se prepararan las varas y que él fuera desnudado. Con las vestiduras desgarradas y el cuerpo desnudo, tuvo que ofrecerse a los azotes de los lictores para que, con la sangre renovada de las heridas causadas por los golpes de varas, rociase los títulos de las victorias que poco antes había conseguido de manera brillante» (V. Max. 2.7.8).

A priori, tras esta primera exposición podríamos sacar varias conclusiones. Por un lado, el hecho de que la capacidad levantisca del ejército romano no era mayor que la determinación de los mandos militares romanos de castigar todo episodio de indisciplina e insubordinación; que, en la mayoría de los casos, los soldados reaccionaron con violencia y sin organización aparente; y que, por último, el soldado romano se movilizó, principalmente, motivado por la codicia y la satisfacción de sus deseos más primitivos.

Sin embargo, estas conclusiones son sólo aparentes, o, en todo caso, no se pueden entender al resto del comportamiento del ejército romano republicano, encontrándonos con episodios radicalmente opuestos. En este sentido, un repaso a las principales insurrecciones protagonizadas por el ejército romano a lo largo de la República desvela que, en contra de lo planteado anteriormente, la violencia y la espontaneidad fueron poco frecuentes, demostrando tener el soldado romano una capacidad de movilización, organización y coordinación mucho mayor de lo imaginado.

II. ORGANIZACIÓN Y PLANIFICACIÓN

A comienzos de la República, en pleno enfrentamiento entre patricios y plebeyos, encontramos, contra todo pronóstico, un grado de organización muy superior al esperado en el ejército romano de la época (Armstrong, 2008; 2013; 2016). En 494 a. C., entre «reuniones clandestinas y conjuras» (Liv. 2.32.1), el ejército se hizo eco del malestar de la población plebeya, recogió el testigo de su lucha, y dueños de las armas y de los estandartes, eligieron a sus propios líderes, abandonaron a los cónsules y se retiraron al monte Sacro (D.H. 6.45.2). La primera *secessio plebis* había sido orquestada desde el interior del ejército, de forma pacífica y sin derramamiento de sangre (D.H. 6.45.2). Las protestas de los soldados, en primer lugar, y la sedición de las tropas, en segundo, fueron las únicas armas utilizadas contra sus comandantes patricios¹⁵.

¹⁵ A pesar de que la secesión de 494 a. C. ha sido uno de los episodios más celebrados por la historiografía romana (Cic. *Mur.* 15; *Rep.* 2. 58, 63; *de Orat.* 2.199; Sal. *Jug.* 31.17), la lejanía en el tiempo y la ausencia de fuentes coetáneas a los hechos (Gabba, 1967; Bartolomé, 1995; Cornell, 2005) han puesto en duda la veracidad de los acontecimientos, y la posibilidad de que el episodio fuera una anticipación histórica

«[...] a propuesta de un tal Sicinio, faltando a la obediencia a los cónsules, se retiraron al monte Sacro, situado al otro lado del río Anio, a tres millas de Roma. [...] Allí, sin jefe alguno, levantaron un campamento que fortificaron con un foso y una empalizada y permanecieron tranquilos durante algunos días sin coger nada más que lo necesario para alimentarse, sin ser atacados ni atacar» (Liv. 2.32.2-4).

Este *modus operandi*, con ligeros matices, lo observamos de nuevo, en 480 a. C., cuando los soldados se organizan, se niegan a obedecer a su comandante y eligen a sus propios representantes (Liv. 2.44-47; D.H. 9.5-13); en 449 a. C., en el transcurso de la segunda secesión, cuando abandonan a sus mandos patricios, eligen a sus líderes y acampan en el Aventino (Liv. 3.50-54; D.H. 11.43-44); en 342 a. C., cuando, primero, llevan a cabo reuniones secretas y, más tarde, eligen a un nuevo comandante (Liv. 38-42; D.H. 15.3); o, en 206 a. C., cuando, en medio de los rumores de la muerte de Escipión, grupos de soldados se reúnen en privado, trazan un plan de acción, eligen a sus propios líderes, desplazan a los oficiales leales al futuro Africano y se hacen con el control de la situación (Plb. 11.25-30; Liv. 28.24-29; App. *Hisp.* 34-36)¹⁶. De nuevo, la falta de disturbios violentos y la planificación previa son las principales características de estas últimas insurrecciones.

Pero, sin lugar a dudas, los principales movimientos del ejército romano tuvieron lugar en el siglo I a. C., en plena ebullición política y social (Heaton, 1939; Hildinger, 2002; Alston, 2015). A este respecto, una de las primeras consecuencias de la movilización de contingentes cada vez mayores y por un tiempo cada vez más prolongado (App. *BC* 3.46; D.C. 45.38.4; 45.39; Plu. *Caes.* 37.3), fue el aumento de los disturbios y de los problemas de indisciplina en el ejército tardorrepublicano (Jal, 1962: 7-27; Urso, 2001: 123-139). La extensión del servicio militar, el retraso en las pagas, la dificultad para mantener un abastecimiento regular, el miedo a enfrentarse a determinados enemigos, el secular problema del reparto del botín, la desconfianza en las habilidades de un nuevo comandante, o el recelo ante la legalidad de ciertas campañas, fueron, en la mayoría de los casos, las principales causas subyacentes detrás de la insubordinación de las tropas (Chrissanthos, 1999: 166-186).

de los problemas socioeconómicos del siglo I a. C., lo que exige por nuestra parte un ejercicio de revisión crítica, si queremos evitar caer en posibles anacronismos (Raaflaub, 2005; Forsythe, 2015).

¹⁶ Posiblemente, estemos ante una de las insurrecciones mejor documentadas tanto por la historiografía tradicional como moderna (Salmon, 1986; Williams, 2001; Aranita, 2009). Hecho que nos ha permitido apreciar cómo han ido cambiando los planteamientos metodológicos utilizados en la comprensión del fenómeno de la insurrección, en general, y del motín de Sucre, en particular. Si en un principio las fuentes clásicas achacaron el comportamiento de las tropas a la avaricia de unos soldados traidores (Plb. 11.30.5; Liv. 28.29.12; App. *Hisp.* 36; Zonar. 9.10.8), corruptos (Plb. 11.25.7; 11.28.7; 11.29.2; Liv. 28.24.16), enfermos y dementes (Liv. 28.29.9.3), las investigaciones más recientes se han volcado en valorar otros aspectos. Así, mientras Gabba (1975: 45-50) estudió el desarrollo de una nueva mentalidad en el soldado republicano, y las consecuencias de la extensión del servicio militar y del distanciamiento del poder político; y Chrissanthos (1997: 172-184; 1999: 85-101) se inclinó por analizar la importancia de las motivaciones y de las reivindicaciones de los soldados en el origen del motín; más recientemente, Fulkerson (2013: 161-165, 169-174) ha considerado más oportuno tratar la importancia del ejército como grupo, e interpretar las emociones de los soldados, y cómo dichas emociones pudieron ser manipuladas por Escipión Africano.

No obstante, los mecanismos utilizados por los soldados romanos para manifestar su desagrado fueron, generalmente, no violentos, siendo habitual la protesta o la negativa a secundar las órdenes de su comandante los principales medios empleados por las tropas para expresar su descontento y malestar. De este modo actuaron, por ejemplo, los soldados de Lucio Licinio Lúculo, en 68 a. C., cuando se negaron a servir durante más tiempo bajo su mando (Plu. *Luc.* 30-35)¹⁷; los soldados de César cuando se negaron a luchar contra los germanos, en 58 a. C. (Caes. *Gal.* 39-41; D.C. 38.34-47)¹⁸, y exigieron su licenciamiento, en 49 a. C. (Suet. *Jul.* 69; App. *BC* 2.47; D.C. 41.26); las tropas del procónsul Apio Claudio Pulcro, en 51 a. C., cuando reclamaron los pagos atrasados (Cic. *Fam.* 3.6, 15.4); o los soldados de Marco Antonio, en 44 a. C., ante la falta de resolución de su general por vengar la muerte de César (App. *BC* 3.32, 43; D.C. 45.12-13).

Al mismo tiempo, junto con el empleo de formas de presión y de protesta incruentas, los soldados romanos demostraron poseer una capacidad de organización y coordinación cada vez mayores, así como un mayor nivel de autonomía frente a la autoridad de sus comandantes. Esta última característica se observa, ante todo, durante los periodos de guerra civil que sufrió la República romana al final de su existencia, cuando la disciplina militar se relajó y buena parte de las insurrecciones no fueron castigadas (Vallejo, 1993: 241-251; Cosme, 2003: 287-307; Gueye, 2013b: 221-238).

Hablamos de un contexto dominado por el enfrentamiento interno, la discordia y la falta de consenso, de un terreno proclive, por tanto, para la insubordinación de las tropas. En este momento los soldados romanos son cada vez más conscientes de su posición de poder y de su influencia, pero, sobre todo, son más conscientes de sus reivindicaciones. Este hecho les llevó a perfeccionar las formas de defender sus privilegios, de luchar por sus intereses y de enfrentarse a sus comandantes, siendo la organización y la coordinación claves para el éxito de su lucha.

En este punto, los intereses y las ambiciones de sus comandantes parecen reducirse a un papel secundario, pues, por encima de todo, se observa cómo el soldado tardorrepublicano defendió, fundamentalmente, su propio interés. De esta forma, se explica por qué los soldados de Lucio Domicio Ahenobarbo, tras reunirse en grupos dirigidos por los «tribunos militares, centuriones y soldados más respetables» y discutir su situación, no dudaran en abandonar la causa de su comandante, en 49 a. C., cuando se vieron superados en *Corfinium* (Caes. *Civ.* 1.16-23; App. *BC* 2.38; D.C. 41.10-11); que los hombres de Lucio Afranio y Marco Petreyo, ante la ausencia de sus líderes, salieran de su campamento, confraternizaran

¹⁷ L. Licinio Lúculo fue la última víctima de esas legiones rebeldes que se habían levantado contra L. Valerio Flaco, en 86 a. C., y frente a C. Flavio Fimbria, en 85 a. C. Sin embargo, en esta ocasión podemos advertir un cambio, y es que, aunque el descontento de las tropas no fue menor en el caso de Lúculo que en el del resto de insurrecciones anteriores, las formas en las que materializaron su malestar sí que fueron distintas, mostrando los soldados un nivel de organización mucho mayor que en los casos precedentes (Plu. *Luc.* 32.3; 35.5).

¹⁸ Además del miedo a enfrentarse a los germanos (Caes. *Gal.* 1.39), una de las razones que argumentaron los soldados de César para justificar su acción fue la falta de legitimidad de la campaña (D.C. 38.34.3), lo que nos presenta a un soldado más comprometido con la realidad política de su tiempo, y la posibilidad de que el soldado tardorrepublicano hubiera desarrollado una ideología propia y una libertad de pensamiento particular (Hagendahl, 1944: 1-40; Kemezis, 2016: 238-257).

con los hombres de César y, «tras enviar a los centuriones de más categoría» para tratar la paz, confirmaran su deseo de «pasar sus enseñas» al bando de César (Caes. *Civ.* 1.73-77; App. *BC* 2.42-43; D.C. 41.20-23); o que los soldados de Marco Emilio Lépido, «sintiendo respeto por la dignidad de Antonio», entablaran, en 43 a. C., relaciones con los hombres de Marco Antonio, «primero en secreto, y después de manera abierta», desobedeciendo las prohibiciones de los tribunos y construyendo un puente de barcas que facilitara la comunicación entre ambos campamentos (App. *BC* 3.83-84)¹⁹.

Sin embargo, es a la altura de 41-40 a. C. el momento en el que mejor se percibe esta situación, cuando, una vez más, en Roma se escuchan tambores de guerra.

III. EL VALOR DE LA TRADICIÓN HEREDADA

En este momento, Apiano nos describe un ejército orgulloso y arrogante, indisciplinado, conecedor de su fuerza y decidido a hacer valer su poder en la consecución de sus principales objetivos (App. *BC* 5.15). Así, por ejemplo, nos habla de cómo los veteranos se lanzaron con violencia sobre las tierras que creían que les correspondían como recompensa por su valor tras la victoria de Filipos; de cómo los soldados despreciaban a sus generales al ser conscientes de que estos los necesitaban para consolidar su poder; y del clima de insubordinación imperante consecuencia de la lucha personal de sus comandantes, así como de la irregularidad en la que eran elegidos sus líderes y reclutadas las tropas (App. *BC* 5.13, 17).

Bajo este contexto, en donde «los soldados no servían por la fuerza de la ley, sino por las promesas particulares», las tropas se sustraían a la disciplina militar, quedando sin castigo delitos tan graves como la desertión (App. *BC* 5.17). Todo parecía reducirse a *factiones*, mientras los ejércitos caían continuamente en la indisciplina hacia los jefes de esas mismas facciones (App. *BC* 5.18).

¹⁹ Aunque en todas estas insurrecciones se evidencia la voluntad de los soldados rebeldes de dirigir ellos mismos sus reivindicaciones y confraternizar con sus homólogos rivales, al margen de los intereses de sus respectivos comandantes, no debemos pasar por alto que en los tres ejemplos analizados, los soldados desertores, no sólo contaron con el respaldo de sus correligionarios romanos, sino que, por encima de todo, contaron con la simpatía del *imperator* a cuyas filas pasaron a servir. Tanto C. Julio César como M. Antonio, además de promover la relación y comunicación de sus tropas y la de sus enemigos, potenciaron la desertión de los soldados rivales, y, lo que es más importante, evitaron castigar su falta, haciendo de la desertión un castigo menor en periodos de guerra civil, así como un peligroso precedente para el futuro (Vallejo, 1996: 399-408; Wolff, 2009; Gueye, 2013a: 111-129). En tal sentido, fueron múltiples las estrategias empleadas por los generales romanos para socavar la unidad del ejército rival y hacerse con el favor de los soldados más críticos con el liderazgo de su comandante, desde ofrecer un paso seguro, promesas adicionales o la extensión de privilegios, como en el caso de L. Cornelio Sila frente a C. Flavio Fimbria y L. Cornelio Escipión, en 85 y 83 a. C., respectivamente (Liv. 83; Plu. *Sull.* 25; App. *Mith.* 59-60; y Liv. 85; Vell. 2.25; App. *BC* 1.85); hasta suplicar y apelar al orden constitucional, como hiciera L. Cornelio Cinna, en 87 a. C., ante los soldados de Ap. Claudio Pulcro (Liv. 79; App. *BC* 1.65-66). Pero, sin duda, fue el soborno y el empleo de propaganda subversiva, cuando no el uso de agentes infiltrados, uno de los medios más asiduos con los que granjearse el apoyo de las tropas enemigas, tal y como nos revelan Dion Casio (45.12-13) y Apiano (*BC* 3.43-44), con respecto a las tácticas llevadas a cabo por el futuro Augusto para hacerse con la voluntad de las legiones de Marco Antonio, en 44 a. C.

Sin embargo, del mismo modo que los generales dependían de sus soldados para continuar en el poder, hecho que les obligaba a tolerar de manera voluntaria la arrogancia y el desprecio de sus hombres (App. *BC* 5.15), no es menos cierto que estos mismos soldados necesitaban, de igual forma, que sus comandantes mantuvieran su posición de fuerza si querían conservar sus recompensas (App. *BC* 5.13, 19). Esta reciprocidad obligó a los soldados a cambiar su estrategia, a no cometer los errores del pasado y a aprender de la tradición heredada.

La violencia, que en un primer momento se extendió con fuerza entre los veteranos de Marco Antonio y Octaviano²⁰, haciendo peligrar su propia vida, e, incluso, causando la muerte de aquellos centuriones y soldados que intentaron contener el descontento de sus antiguos compañeros de armas (Suet. *Aug.* 2.14; App. *BC* 5.16; D.C. 48.9.2-3), responde más bien al clima de desconfianza, descontento y malestar general que imperaba en Italia, fruto del recelo de unos y del odio de otros –y del miedo de todos– tras las conscripciones y las confiscaciones ejecutadas (App. *BC* 5.12-19; D.C. 48.6-9); así como a la falta de recursos de unos triunviros incapaces de cumplir su palabra para con las treinta y cuatro legiones desmovilizadas (App. *BC* 5.22).

No obstante, observamos cómo, conforme son satisfechas las demandas de los soldados, estos manifiestan una actitud de diálogo y consenso superior a la mostrada por sus respectivos líderes, quienes, por el contrario, no cejan en su empeño de retarse en nuevos enfrentamientos. Frente a la posibilidad de embarcarse en futuras guerras que pongan en peligro todo lo conseguido hasta la fecha, tanto los soldados como los veteranos romanos se movilizan, se organizan y se coordinan en aras de evitar un nuevo choque civil (App. *BC* 5.20-23; D.C. 48.12.2-3).

El soldado tardorrepublicano ha aprendido una valiosa lección del pasado. Si se mantienen unidos, operan juntos y se mueven bajo una misma dirección, y hacia un mismo objetivo, tienen más probabilidad de éxito que si cada uno lucha por su cuenta, o utiliza la violencia como única respuesta. Muchos de ellos son veteranos de Cayo Julio César, de Marco Emilio Lépido, de Marco Antonio, o incluso desertores pompeyanos, y antiguos cesaricidas; han combatido durante muchos años, en guerras externas e internas; han sangrado juntos, han compartido campamento, así como largas jornadas de marcha; y posen una larga trayectoria militar sobre sus espaldas. Conocen su fuerza, pero también sus debilidades. Saben que en el pasado, si han estado desunidos, han sufrido el castigo y la persecución, pero también que cuando han luchado unidos han logrado ver cumplidas todas sus reivindicaciones.

En este momento la violencia no tiene lugar, no cuando el éxito de su lucha pasa por la organización y la coordinación previas. De este modo, antes del enfrentamiento entre Octaviano y Lucio Antonio, en 41 a. C., los veteranos de Marco Antonio envían emisarios, contactan con otras colonias veteranas, e, incluso, organizan y costean un viaje hacia el Este para conocer si su antiguo comandante secunda las acciones de su hermano (App. *BC* 5.21-29, 52). Mientras que, por su parte, los soldados se niegan a continuar con los preparativos para la guerra, se amotan y envían embajadores tanto a Lucio Antonio como a Octaviano

²⁰ El hecho de que los disturbios se iniciaran en primer lugar entre los veteranos, nos hace pensar que las causas que motivaron el descontento de los soldados fueron, eminentemente, de naturaleza socioeconómica. El miedo a perder sus privilegios hizo que veteranos y soldados se unieran en la defensa de sus intereses, y que buscaran una solución de compromiso que evitara la guerra, y pusiera en riesgo todo lo logrado (App. *BC* 5.12-13; D.C. 48.6-10).

(App. *BC* 5.20-21). Fruto de su insistencia, primero, se organiza un encuentro en Teano, en donde los soldados actúan como árbitros (D.C. 48.12.1); y, después, una segunda reunión, esta vez en Gabios, a iniciativa de dos legiones de veteranos y bajo el respaldo del resto de soldados (D.C. 48.12.2-3). Lamentablemente, ambas iniciativas fracasaron²¹.

Sin embargo, sus esfuerzos no fueron en vano, sentando un valioso precedente para que un año después los mismos soldados recogieran el testigo de su lucha, y esta vez se negaran a seguir a Octaviano y a Marco Antonio en una guerra que volvía a poner en riesgo sus intereses. En 40 a. C., soldados de ambos ejércitos se niegan a continuar la guerra, confraternizan, se mezclan y cruzan los unos al campamento de los otros, para, a continuación, elegir a una serie de representantes y expresar a los triunviros su voluntad de reconciliación (App. *BC* 5.64). En esta ocasión su acción surtió efecto, dando como resultado el cese de hostilidades y un nuevo acuerdo que alejaba, al menos por un tiempo, la guerra de Roma (D.C. 48.28-29).

«Entonces, Antonio y Octavio se abrazaron y brotaron del ejército gritos y aclamaciones inabarcables hacia cada uno de ellos, a lo largo de todo el día y de toda la noche. Octavio y Antonio se repartieron de nuevo entre sí todo el imperio de los romanos [...]» (App. *BC* 5.64-65).

IV. CONCLUSIONES: LA ORGANIZACIÓN DETRÁS DE LA INSURRECCIÓN

A lo largo de la exposición, se ha propuesto un estudio sobre la violencia interna en el ejército romano republicano. Con este objetivo, a través del comentario de algunos de los principales episodios de insurrección protagonizados por este a lo largo de la República, nuestro interés se ha centrado, fundamentalmente, en valorar en qué medida podemos hablar de actos de violencia espontánea o, por el contrario, nos encontramos ante acciones previa y deliberadamente organizadas y orquestadas.

A tal efecto, hemos observado que más allá de la habitual relación entre insubordinación y violencia, en realidad, la insurrección de las tropas debe concebirse, más bien, como un medio de presión —un recurso en manos de los soldados— para cambiar o defender su posición, y luchar por sus intereses, ya sean estos políticos, económicos o sociales. De este modo, la violencia, en la mayoría de los casos, aunque no desaparece, queda desterrada como único medio de presión y reducida a la mínima expresión, mientras que la espontaneidad es sustituida por la coordinación y la planificación.

Por otro lado, hemos podido contemplar cómo, en función del contexto sociopolítico, la disciplina militar se relaja hasta prácticamente desaparecer, quedando impunes muchas de las acciones del ejército romano, sobre todo en tiempos de conflicto interno. Igualmente, se advierte cómo la motivación y las causas detrás del descontento de los soldados cambian y

²¹ A pesar del doble fracaso de los soldados, es de elogiar la capacidad de organización y coordinación que tuvieron oficiales y soldados de ambos ejércitos, quienes a través de emisarios contactaron, no sólo con las principales autoridades romanas del momento, sino también con las principales colonias de veteranos, con el propósito de conjugar todas las fuerzas necesarias para refrenar el ímpetu de sus respectivos comandantes (App. *BC* 5.20-23).

evolucionan a lo largo de la República, al mismo tiempo que muta el marco en el que se inserta la lucha del ejército romano.

Finalmente, podemos concluir diciendo que el soldado romano se adapta a la realidad de su tiempo, mantiene ciertas demandas y reivindicaciones independientes del periodo que le toca vivir, como son las de naturaleza económica, pero, sin embargo, a finales de la República es capaz de manifestar una comprensión de su medio mucho mayor que en el pasado. Consecuencia de ello, el soldado tardorrepblicano parece poseer plena conciencia de su poder, así como de su importancia en el tablero político del momento, pero, sobre todo, ha sido capaz de desarrollar, fruto de la tradición heredada, la sofisticación y organización necesarias para usar ese poder de manera efectiva en la defensa de sus intereses.

V. EDICIONES DE TEXTOS CLÁSICOS

APIANO. Historia romana. Guerras civiles. Libros I-II. Traducción de Antonio Sancho Royo, 1985. Editorial Gredos: Madrid

APIANO. Historia romana. Guerras civiles. Libros III-V. Traducción de Antonio Sancho Royo, 1985. Editorial Gredos: Madrid

APIANO. Historia romana. Sobre Iberia. Traducción de Antonio Sancho Royo, 1980. Editorial Gredos: Madrid

APIANO. Historia romana. Sobre Mitrídates. Traducción de Antonio Sancho Royo, 1980. Editorial Gredos: Madrid

CAYO JULIO CÉSAR. Guerra Civil. Traducción de Julio Calonge y Pere J. Quetglas, 2005. Editorial Gredos: Madrid.

CAYO JULIO CÉSAR. La guerra de las Galias. Traducción de José Goya Muniain y Manuel Balbuena, 1986. Ediciones Orbis: Barcelona.

CAYO SALUSTIO CRISPO. La guerra de Yugurta. Traducción de Mercedes Montero Montero, 2000. Alianza: Madrid.

CAYO Suetonio TRANQUILO. Vidas de los doce césares. Vol. I. Traducción de Rosa María Agudo Cubas, 1992. Editorial Gredos: Madrid.

DION CASIO. Historia de Roma. Libros I-XXXV. Traducción de Domingo Plácido Suárez, 2004. Editorial Gredos: Madrid.

DION CASIO. Historia de Roma. Libros XXXVI-XLV. Traducción de José María Candau Morón y María Luisa Puertas Castaños, 2004. Editorial Gredos: Madrid.

DION CASIO. Historia de Roma. Libros XLVI-XLIX. Traducción de Juan Pedro Oliver Segura, 2011. Editorial Gredos: Madrid.

DIONISIO DE HALICARNASO. Historia Antigua de Roma. Libros IV-VI. Traducción de Almudena Alonso y Carmen Seco, 1984. Editorial Gredos: Madrid.

DIONISIO DE HALICARNASO. Historia Antigua de Roma. Libros VII-IX. Traducción de Almudena Alonso y Carmen Seco, 1989. Editorial Gredos: Madrid.

DIONISIO DE HALICARNASO. Historia Antigua de Roma. Libros X, XI y fragmentos de los libros XII-XX. Traducción de Elvira Jiménez y Ester Sánchez, 1988. Editorial Gredos: Madrid.

FLAVIO JOSEFO. La guerra de los judíos. Libro III. Traducción de Jesús María Nieto Ibáñez, 1997. Editorial Gredos: Madrid.

- FLAVIO VEGECIO RENATO. *Compendio de técnica militar*. Traducción de David Paniagua Aguilar, 2006. Cátedra: Madrid.
- MARCO TULIO CICERÓN. *Cartas a los familiares. Cartas 1-173*. Traducción de José A. Beltrán, 2008. Editorial Gredos: Madrid.
- MARCO TULIO CICERÓN. *Discursos*. Vol. 5. Traducción de Jesús Aspa Cereza, 1995. Editorial Gredos: Madrid.
- MARCO TULIO CICERÓN. *Sobre el orador*. Traducción de José Javier Iso, 2002. Editorial Gredos: Madrid.
- MARCO TULIO CICERÓN. *Sobre la República*. Traducción de Álvaro D'Ors, 1991. Editorial Gredos: Madrid.
- PAULO OROSIO. *Historias. Libros V-VII*. Traducción de Eustaquio Sánchez Salor, 1982. Editorial Gredos: Madrid.
- PLUTARCO. *Vidas paralelas*. Vol. 5. Traducción de Jorge Cano Cuenca, David Hernández de la Fuente y Amanda Ledesma, 2007. Editorial Gredos: Madrid.
- PLUTARCO. *Vidas paralelas*. Vol. 6. Traducción de Jorge Bergua Cavero, Salvador Bueno Morillo y Juan Manuel Guzmán Hermida, 2007. Editorial Gredos: Madrid.
- POLIBIO. *HISTORIAS. Libros I-IV*. Traducción de Manuel Balasch Recort, 1981. Editorial Gredos: Madrid.
- POLIBIO. *Historias. Libros V-XV*. Traducción de Manuel Balasch Recort, 1981. Editorial Gredos: Madrid.
- SEXTO JULIO FRONTINO. *Tratado militar de Frontino. Humanismo y caballería en el cuatrocientos castellano*. Traducción del siglo XV. Edición e introducción de María Elvira Roca Barea, 2010. Consejo Superior de Investigaciones Científicas: Madrid.
- TITO LIVIO. *Historia de Roma desde su fundación. Libros I-III*. Traducción de José Antonio Villar Vidal, 1990. Editorial Gredos: Madrid.
- TITO LIVIO. *Historia de Roma desde su fundación. Libros IV-VII*. Traducción de José Antonio Villar Vidal, 1990. Editorial Gredos: Madrid.
- TITO LIVIO. *Historia de Roma desde su fundación. Libros VIII-X*. Traducción de José Antonio Villar Vidal, 1990. Editorial Gredos: Madrid.
- TITO LIVIO. *Historia de Roma desde su fundación. Libros XXVI-XXX*. Traducción de José Antonio Villar Vidal, 1993. Editorial Gredos: Madrid.
- TITO LIVIO. *Historia de Roma desde su fundación. Libros XXXVI-XL*. Traducción de José Antonio Villar Vidal, 1993. Editorial Gredos: Madrid.
- TITO LIVIO. *Períocas*. Traducción de José Antonio Villar Vidal, 2008. Editorial Gredos: Madrid.
- TITO LIVIO. *Períocas de Oxirrinco*. Traducción de José Antonio Villar Vidal, 2008. Editorial Gredos: Madrid.
- VALERIO MÁXIMO. *Hechos y dichos memorables. Libros I-VI*. Traducción de Santiago López Moreda, María Luisa Harto Trujillo y Joaquín Villalba Álvarez, 2003. Editorial Gredos: Madrid.
- VALERIO MÁXIMO. *Hechos y dichos memorables. Libros VII-IX. Epítomes*. Traducción de Santiago López Moreda, María Luisa Harto Trujillo y Joaquín Villalba Álvarez, 2003. Editorial Gredos: Madrid.
- VELEYO PATÉRCULO. *Historia romana*. Traducción de María Asunción Sánchez Manzano, 2001. Editorial Gredos: Madrid.

VI. BIBLIOGRAFÍA

- ALSTON, Richard (2015); *Rome's Revolution. Death of the Republic and Birth of the Empire*. Oxford University Press. New York.
- ARANITA, Adrienne (2009); A plague of madness: the contagion of mutiny in Livy 28.24-32. *Acta Classica: Proceedings of the Classical Association of South Africa* 3, pp. 36-51.
- ARMSTRONG, Jeremy (2008); Breaking the Rules? Irregularities in the Recruitment of the Early Roman Army (509-c. 450 BC). En BRAGG, Edward, HAU, Lisa I. y MACAULAY-LEWIS, Elizabeth (eds.), *Beyond the Battlefields: New Perspectives on Warfare and Society in the Graeco-Roman World*, pp. 47-66. Cambridge Scholars. Newcastle.
- ARMSTRONG, Jeremy (2013); «Bands of Brothers»: Warfare and Fraternity in Early Rome. *Journal of Ancient History* 1, 1, pp. 53-69.
- ARMSTRONG, Jeremy (2016); The Ties that Bind: Military Cohesion in Archaic Rome. En ARMSTRONG, Jeremy y BRICE, Lee L. (eds.), *Circum mare: Themes in Ancient Warfare*, pp. 101-119. Brill. Leiden; Boston.
- BARTOLOMÉ GÓMEZ, Jesús (1995); *Los relatos bélicos en la obra de Tito Livio: estudio de la primera década de Ab Urbe condita*. Servicio editorial. Universidad del País Vasco. Vitoria-Gazteiz.
- BAUMAN, Richard A. (1996); *Crime and Punishment in Ancient Rome*. Routledge. London; New York.
- BRICE, Lee L. (2004); Second Chance for Valor: Restoration of Order after Mutinies and Indiscipline. En BRICE, Lee L. y SLOOTJES, Daniëlle (eds.), *Aspects of Ancient Institutions and Geography. Studies in Honor of Richard J.A. Talbert*, pp. 103-121. Brill. Leiden; Boston.
- BULST, Christoph (1964); *Cinnanum Tempus*. *Historia* 13, pp. 307-337.
- CHRISANTHOS, Stefan G. (1997); Scipio and the Mutiny at Sucro, 206 BC. *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte* 46, 2, pp. 172-184.
- CHRISANTHOS, Stefan G. (1999); *Seditio*. Mutiny in the Roman Army, 90-40 B.C. UMI. Ann Arbor.
- CHRISANTHOS, Stefan G. (2001); Caesar and the Mutiny of 47 B. C. *The Journal of Roman Studies* 91, pp. 63-75.
- CHRISANTHOS, Stefan G. (2013); Keeping Military Discipline. En CAMPBELL, Brian y TRITLE, Lawrence A. (eds.), *The Oxford Handbook of Warfare in the Classical World*, pp. 312-329. Oxford University Press. Oxford.
- CORNELL, Timothy J. (2005); The Value of the Literay Tradition Concerning Archaic Rome. En RAAFLAUB, Kurt A. (ed.), *Social Struggles in Archaic Rome*, pp. 47-57. Blackwell Publishing. Malden.
- COSME, Pierre (2003); Le châtime des déserteurs dans l'armée romaine. *Revue Historique de Droit Français et Étranger* 81, pp. 287-307.
- ELMORE, Jefferson (1924); Caesar on the Causes of Mutiny. *Classical Journal* 20, pp. 430-432.
- ESPEJO MURIEL, Carlos (1996); Penas corporales y torturas en Roma. *Florentia Iliberritana. Revista de estudios de antigüedad clásica* 7, pp. 93-111.
- FANTHAM, Elaine (1985); Caesar and the Mutiny: Lucan's Reshaping of the Historical Tradition in *De Bello Civili* 5.237-373. *Classical Philology* 80, pp. 119-131.
- FORSYTHE, Gary (2015); The Beginnings of the Republic from 509-390 BC. En MINEO, Bernard (ed.), *A Companion to Livy*, pp. 314-326. Wiley-Blackwell. Chichester.

- FULKERSON, Laurel (2013); Command Performance: Mutiny in the Roman Army. En FULKERSON, Laurel (ed.), *No regrets: remorse in classical antiquity*, pp. 161-185. Oxford University Press. Oxford.
- GABBA, Emilio (1967); Considerazioni sulla tradizione letteraria sulle origini della Repubblica. *Entretiens sur l'Antiquité classique* 13, pp. 135-174.
- GABBA, Emilio (1975); *Le rivolte militari romane dal IV secolo a. C. ad Augusto*. Sansoni. Firenze.
- GOLDBERG, Charles (2016); Decimation in the Roman Republic. *Classical Journal* 111, 2, pp. 141-164.
- GUEYE, Mariama (2013a); Délits et peines militaires à Rome sous la République: *desertio* et *transfugium* pendant les guerres civiles. *Gerión* 31, pp. 221-238.
- GUEYE, Mariama (2013b); La valeur du serment militaire dans les guerres civiles à Rome: l'exemple du conflit de 49-45 av. J.-C. *Gerión* 33, pp. 111-129.
- HAGENDAHL, Harald (1944); The Mutiny at Vesantio. *Classica et Mediaevalia* 6, pp. 1-40.
- HEATON, John W. (1939); *Mob Violence in the Late Roman Republic: 133-49 B.C.* University of Illinois Press: Urbana.
- HILDINGER, Erik (2002); *Swords against the Senate. The Rise of the Roman Army and the Fall of the Republic*. Da Capo Press: Cambridge.
- HINARD, François (1985); La deposition du consul de 88, Q. Pompeius Rufus, et la 1re prise de Rome par les armes. *Kentron* 1, pp. 3-5.
- HINARD, François (1990); Les révoltes militaires dans l'armée républicaine. *Bulletin de l'Association Guillaume Budé* 2, pp. 149-154.
- JAL, Paul (1962); Le soldat des guerres civiles à Rome à la fin de la République et au début de l'Empire. *Pallas* 11, pp. 7-27.
- KATZ, Barry R. (1976); Studies of the Period of Cinna and Sulla. *Antique Classique* 45, pp. 497-549.
- KAVANAGH DE PRADO, Eduardo (2015); *Estandartes militares en la Roma antigua: tipos, simbología y función*. CSIC, Ediciones Polifemo. Madrid.
- KEMEZIS, Adam (2016); Dio, Caesar and the Vesontio Mutineers (38.34-47). A Rhetoric of Lies. En Lange, Carsten H. y Madsen, Jesper M. (eds.), *Cassius Dio: Greek Intellectual and Roman Politician*, pp. 238-257. Brill. Leiden; Boston.
- LEVICK, Barbara M. (1982); Sulla's March on Rome in 88 B.C. *Historia. Zeitschrift für Alte Geschichte* 31, pp. 503-508.
- LINTOTT, Andrew W. (1971); The Offices of C. Flavius Fimbria in 86/5 B.C. *Historia. Zeitschrift für Alte Geschichte* 20, pp. 696-701.
- MAKHLAYUK, Alexander V. (1998); Between ingratiating and severity. On some aspects of Roman military discipline. *Vestnik Drevnej Istorii* 1, pp. 286-300.
- MESSER, William S. (1920); Mutiny in the Roman Army. *The Republic. Classical Philology* 15, 2, pp. 158-175.
- PEREA YÉBENES, Sabino (2006); Castigos rituales. En Perea Yébenes, Sabino (ed.), *Águilas de plata: lecturas sobre ejército romano y religión*, pp. 9-22. Signifer. Madrid.
- PERSHINA, Yuliya (2017); The System of Punishments in the Ancient Rome. *Modern European Researches* 1, pp. 78-86.
- RAAFLAUB, Kurt A. (2005); *Social Struggles in Archaic Rome. New Perspectives on the Conflict of the Orders*. Blackwell Publishing. Malden.

- SALMON, Edward T. (1986); Scipio in Spain and the Sucro Incident. *Studia Classica* 24, pp. 77-84.
- TRAINA, Giusto (2011); Carrhes. 9 juin 53 avant J.-C. Anatomie d'une défaite. Les Belles lettres. Paris.
- Urso, Gianpaolo (2001); *Tumultus* e guerra civile nel I secolo a.C. En Sordi, Marta (ed.), *Il pensiero sulla guerra nel mondo antico*, pp. 123-139. Vita e pensiero. Milano.
- VALLEJO GIRVÉS, Margarita (1993); Sobre la persecución y el castigo a los desertores en el ejército de Roma. *Polis* 5, pp. 241-251.
- VALLEJO GIRVÉS, Margarita (1996); *Transfugae* en el ejército de Roma. *Hispania antiqua* 20, pp. 399-408.
- WILLIAMS, Mary F. (2001); «Shouldn't you have come and talked to me about it?» Democracy and a Mutiny in Scipio's Army (Polybius 11, 2530). *Ancient History Bulletin* 15, 4, pp. 143-53.
- WOLFF, Catherine (2009); Déserteurs et transfuges dans l'armée romaine à l'époque républicaine. *Jovene*. Napoli.
- WOLFF, Catherine (2013); Les légions de Fimbria. *Latomus* 72, pp. 338-349.